Los jóvenes que las habian obsequiado, viendo que era difícil salir con ellas, habian huido en cuanto asomó el peligro.

Pasado el adormecimiento á la vista de la terrible catástrofe, trataron de salir, pero las puertas estaban cerradas por las piedras y las cenizas.

Entonces subieron al terrado para pedir auxilio.

¡Vana súplica!

Salustio, lo mismo que todos los que pasaban, tenian cerrado su corazon á la piedad.

El afan de salvar su propia vida les impedia correr en auxilio de la agena.

Frigia y sus tres desgraciadas amigas trataron entonces de volver á intentar el abrir, á fuerza de golpes, la puerta de la calle para salvarse.

Las joyas con que se habian adornado en el convite, contrastaban con el desórden que en sus semblantes se veia.

Aun llevaban los collares, los ricos brazaletes y los anillos regalados por los jóvenes con quienes hacia pocos instantes hablaban de amor y de placeres.

Frigia, Sostrata y las otras dos amigas, bajaron del terrado, y se precipitaron á la puerta dando golpes desesperados.

Aquellos golpes eran escuchados por muchos de los que huian, pero nadie se acercaba á salvar á los que los daban.

Gritos, llanto y súplicas dirijidas á cuantos cruzaban la calle, eran inútiles.

El sentimiento de la caridad estaba cerrado por el deseo de la conservacion, y Sostrata, Frigia y sus dos amigas, oian los pasos de los que se alejaban, quedando ellas entregadas á la desesperacion y haciendo esfuerzos inauditos por salir.

—Seguidme, Nicea, seguidme—decia la actriz Flora á la jóven huérfana, que perdidas en la ciudad no sabian á donde dirijirse, y caminaban á la ventura.

De repente, y cuando se creian mas próximas de las puertas á la campiña, se encontraron frente al templo de Júpiter.

La lluvia de piedras y agua caliente era tan considerable, que trataron de buscar refugio en el templo.

Dos personas, deseando salvarse como ellas, penetraron antes en el pórtico.

Un terrible sacudimiento de tierra se dejó sentir en aquel instante.

Una de las columnas vino á tierra con violenta fuerza, aplastando á uno de los fugitivos, mientras su compañero caia muerto, ahogado por la ceniza.

Ambos cadáveres permanecieron allí por espacio de diez y ocho siglos. Sus esqueletos se encontraron al hacer las escavaciones el 5 de Mayo de 1818, en el mismo sitio en que cayeron. Una visera de bronce estaba al lado del que fué muerto por la columna.

Flora y Nicea hayeron aterradas ante aquel espectáculo, y emprendieron de nuevo la fuga.

Al llegar al arco de triunfo que se levantaba en la calle de Minerva, un desgraciado fué aplastado por la estatua ecuestre de Neron, que cayó del arco con estrepitoso estruendo al oscilar la tierra. Su esqueleto se encontró al lado de la estatua cuando fué desenterrada la ciudad.

Las dos jóvenes se estremecieron de espanto y se abrazaron, sin atreverse á dar un paso.

La oscuridad era tan completa en medio de aquel dia terroroso, que era imposible caminar sin detenerse á cada instante. Los gemidos de las mugeres, el llanto de los niños, los gritos de los hombres que se llamaban sin verse, las súplicas elevadas á los dioses, el bramido de la mar irritada, el lamento de los animales que corrian espantados por todas partes, el crujir de los techos y paredes que se derrumbaban, el ruido de las estatuas al caer de sus pedestales, los relámpagos producidos por los vapores del agua y las nubes cargadas de electricidad; las multiplicadas descargas de esta unidas á los rayos de llamas de los gases inflamables; la columna de humo, llamas, piedras, lavas y cenizas que arrojaba el volcan con ímpetu imponderable, el continuo sacudimiento de la tierra, y los ruidos subterráneos que sin cesar se escuchaban, completaban aquella escena lúgubre y espantosa.

Un grupo de esclavos, con hachas encendidas en las manos, y conduciendo los tesoros de su amo, cruzaron en aquellos momentos la calle de Minerva.

La actriz y la huérfana Nicea, les siguieron al saber que se dirijian hácia la mar.

¿Qué suerte habian corrido entre tanto Glauco, Ione y Nidia?

¿Habian logrado salvarse, ó habian perecido en alguna de las calles de la ciudad?

No: aun vivian.

En medio de aquel desastre universal, Glauco, procurando conservar su sangre fria y su valor, seguia, muerto de fatiga, su camino incierto, á lo largo de la calle que conducia á la puerta de Herculano.

Ione iba á su lado, dando la mano á Nidia.

El amor y el agradecimiento unia á aquellas tres personas con el lazo mas indisoluble.

Glauco creia que una vez fuera de la ciudad, no habria grandes peligros que temer, y que fácilmente se salvarian.

De repente llegó á sus oidos una voz suplicante y medio ahogada que creyó reconocer.

—¡Socorro, socorro, llegad á mí!.....—decia la voz.—Soy muy rico. He caido y no puedo levantarme. ¡Mis antorchas se han apagado y mis esclavos han desaparecido!..... ¡Ah, piedad, socorro!..... Dos mil sestercios, diez mil sestercios á quien me ayude á salir de la ciudad.

—¿Dónde estais?—preguntó Glauco mirando al rededor de él.

—Aquí.

Glauco se dirijió hácia donde la voz salia, y descubrió al desventurado que pedia favor.

El jóven ateniense se inclinó para levantarle.

Las llamas que en aquel instante arrojaba el volcan, bañaron con su terrífica luz el rostro del caido.

Un grito de sorpresa se escapó á un mismo tiempo de los labios de Ione y de Glauco, al fijar sus ojos en él.

—¡Diómedes!.....—exclamó el jóven ateniense ayudándole á levantarse.

—¡Glauco!..... ¡Ah!..... gracias sean dadas á los dioses porque os han traido por este sitio. Sentia que me faltaba ya la respiracion, y pronto hubiera muerto, á no haber pasado vos por fortuna. ¡Gracias!

—Nada me debeis. He cumplido con un deber.

—¿Y Eutima?..... ¿Qué es de mi amiga Eutima?.....—preguntó con ansiedad Ione.—¿Le ha sucedido alguna desgracia?..... ¿dónde está?.....

—En casa. ¡Ah!..... ¡cuánto placer tendrá en veros! ¡Si supiérais, Ione, las lágrimas que por vos ha derramado!.....

—¡Pobre amiga mia!

—Y vos, Glauco, no podeis comprender todo lo que me he interesado por vuestra suerte,

desde el dia que comísteis en mi casa, y tuvísteis la desgracia de ser acusado de un crímen que estoy seguro no lo cometísteis.....

—No hablemos de aquel convite, ni de nada de lo que aconteció en aquel dia. Pensemos en el peligro que nos amenaza, y en la manera de salvarnos de él.

—Sí, venid á mi casa de campo: marchemos á ella, donde impaciente y aflijida debe esperarme mi hija: vos conoceis perfectamente los profundos subterráneos sobre los cuales está construida. Si logramos llegar, estaremos perfectamente al abrigo de esta lluvia de cenizas que nos ciega y ahoga.

—Es verdad—contestó Glauco:—marchemos.

Y los cuatro se dirijieron hácia la casa de Diómedes.

—Así—añadió Glauco, en tanto que caminaban—estaremos abastecidos de víveres, y podremos esperar el fin de esta espantosa tempestad, si acaso se prolonga por alguos dias.

—Ya hemos llegado delante de la puerta de la ciudad—dijo Diómedes.—La luz colocada bajo la bóveda brilla aún, y nos anuncia la salvacion. Mi hija vive y nos espera.

Al concluir estas palabras, los fugitivos se apresuraron á salir de la ciudad.

En los momentos en que atravesaban la puerta, un resplandor hizo brillar el casco del centinela romano que guardaba su puesto: sus facciones inmóviles revelaban su espanto.

La muerte al fin habia ido á herirle allí; y aunque podia haber buscado la salvacion en la fuga, prefirió perecer en su puesto, á quebrantar la disciplina militar.

Fuera de las puertas, los fugitivos encontraron aún algunas personas conocidas, á quienes comunicaron su proyecto.

Muchas se reunieron á ellos, y muy pronto se encontraron en número considerable en la casa de campo de Diómedes.

Al llegar á esta, casi tropezaron con Panza que, con una tea en la mano y seguido de dos esclavos y acompañado de su muger, huia, como todos, del comun peligro, sin saber á dónde dirijirse.

Llevaba con él cuanto de mas rico habia podido sacar de su casa de Pompeya, una de las mas notables de la ciudad.

Diómedes le invitó á refugiarse en su casa de campo, que el elemento destructor aun no habia invadido, y Panza, creyéndola un punto seguro, aceptó la oferta.

Diómedes, el edil y su esposa entraron seguidos de los que les acompañaban.

Eutima, que habia estado inquieta por la tardanza de su padre, quedó tranquila y corrió á abrazar á su querida amiga Ione.

Una vez dentro, Diómedes dió órden á los esclavos de llevar á las piezas subterráneas, abundantes provisiones, lámparas y aceite.

Despues, creyéndose seguros y al abrigo de todo peligro, se pusieron á bailar y á reir con una alegría frenética.

Solo Glauco, Ione y Nidia, en vez de entregarse al regocijo, meditaron en el peligro que allí corrian, pues habian notado al entrar, la actividad amenazadora del Vesubio; y convencidos de que era el punto mas próximo al volcan, comprendieron que podian ser sepultados debajo de sus cenizas.

Sin embargo, muchas personas, en medio de la confusion que reinaba, corrian á buscar abrigo en ella en aquellos momentos de peligro, porque siendo una de las mejores y mas abastecidas, creian que presentaba todas las condiciones para aguardar en sus sólidas bodegas la conclusion de un acontecimiento que consideraban pasajero.

Ione y Glauco, resueltos al fin á emprender de nuevo la fuga, se despidieron de Diómedes y de Eutima.

Al verlos salir, varios esclavos de Diómedes abandonaron tambien el edificio, llevándose lo mas rico que encontraron.

Glauco emprendió su penosa marcha en medio de los torrentes de agua caliente que arrojaba el Vesubio, y de la lluvia de ceniza y piedra pómez que iba cubriendo la ciudad.

—Marchemos hácia la orilla del mar, donde Olinto nos espera—dijo el ateniense.

—Sí—contestaron Ione y Nidia, que marchaban á su lado.

Una muger, con un tierno niño en brazos, y seguida de otros dos un poco mayores, cruzaba tambien la calle de las Tumbas. Aquella amorosa madre cubria á su querido hijo con su ropa, y, aflijida, buscaba la salvacion de ellos.

Diómedes, Panza y cuantos se habian refugiado en la casa de campo del primero, se entregaron á un contento sin límites. Pero se regocijaban prematuramente, esperando sustraerse al implacable decreto del cielo que habia pronunciado la pérdida de todos los habitantes de Pompeya. Bien pronto el torrente devastador, la lluvia de cenizas y los vapores sofocantes, se esparcieron sobre la campiña.

El polvo sutil que levantaba el huracan, penetró poco á poco en las bodegas de Diómedes, donde sus huéspedes habian creido encontrar un asilo seguro: el aire se espesaba mas y mas por instantes, y muy pronto no fué ya respirable. Los desgraciados se precipitaron entonces hácia las puertas; pero estaban obstruidas por fuera, y entre tanto, la ceniza leve y delgada se infiltraba lentamente por todas las rendijas, amenazando ahogar muy pronto á los que los subterráneos les habian proporcionado un refujio momentáneo.....

La desesperacion de Diómedes, del edil y de cuantos se hallaban dentro, sin poder salir, fué terrible. ¡Se habian condenado á una muerte inevitable, sepultándose vivos!

Los momentos que les quedaban de existencia, eran una continua y penosa agonía, sufrida en medio de una comprension clara de lo que les esperaba.

¿Pero no habria remedio?

¿No existia alguna puerta por donde poderse salvar?

Eutima, teniendo en la memoria la imágen de Plinio, y temiendo espirar sin verle, se dirijió, halagada por una esperanza de salvacion, hácia un sitio que servia de bodega, seguida de sus esclavas y de varias mugeres que se habian refugiado allí, creyendo que nada debian temer.

Diómedes, por su parte, olvidándose en el peligro, de su hija y de sus amigos, y tratando únicamente de salvarse él con algunas alhajas, tomó dos llaves, y haciendo que cargase un esclavo varios vasos de plata y un gran número de monedas imperiales envueltas en un pedazo de tela, se dirijió hácia una puerta que daba al campo y hácia la mar, en medio del pórtico occidental.

Eutima y las mugeres que las seguian, sintieron de repente que la ceniza invadia la atmósfera de la bodega.

—¡Ah!..... Seguidme!.....—exclamó Eutima, halagada aun por la esperanza.—Subamos por esta escalera que conduce á un sitio por donde saldremos al campo.

Y todas se precipitaron á aquella escalera por donde podian huir.

¿Pero encontraron abierta la salida? Nada podemos decir.

La presencia de otros personajes reclama nuestra atencion, y preciso es referir las variadas y dolorosas escenas de que era teatro la ciudad entera.